

monumento «al tiempo mismo en que se acababa de verter la sangre de aquellos inocentes, y trazado el primer diseño cuando se desarmaba á Madrid, y no resonaba en esta capital más que el eco de la esclavitud y del terror...» «Su intención, añadía, era publicar un prospecto que diese idea de la obra, de su objeto, y del sitio donde debería colocarse, convidando á sus compatriotas á una subscripción voluntaria que bastase á costearla, contando para todo con que la villa de Madrid le autorizase y cediese el terreno competente.» Parece que el Sr. Monasterio acudió á élla el 13 de Setiembre; que, vistos los planos, se le contestó el 5 de Octubre que la villa «encontraba el pensamiento mui patriótico, y mui digno de que se pusiera en execución y que estaba pronta á franquear el terreno que se necesitase, y á su tiempo la protección y auxilios que estuviesen de su parte.» También se comprueba que la Academia de San Fernando acogió benignamente el pensamiento del Sr. W. A., quien, dirigiéndose al pueblo de Madrid decía el 27 de Noviembre, sin darse por entendido del manifiesto de Monasterio: «Está visto que no hay pensamiento que no prospere quando el impulso es noble y sincero, y el objeto interesante y grande.»

Pero no *mil combinaciones imprevistas*, como Argumosa decía más tarde, sino la que no podía menos de suponerse conocido el carácter de Napoleón y tomando en cuenta las inmensas fuerzas de que disponía y los vastos proyectos que abrigaba, la de su presencia en Chamartín y la conquista, días después, de nuestra metrópoli, acabaron por entonces con el pensamiento del *Madrileño* y los proyectos de Mo-

nasterio, de la Academia de San Fernando y de nuestro ilustre Ayuntamiento.

Otras manifestaciones, sin embargo, había hecho Madrid durante aquel tiempo en honra y gloria de los héroes del DOS DE MAYO.

El 1.º de Noviembre salían de su monasterio los R. R. P. P. del real de San Jerónimo, todos con velas encendidas, la cruz y ciriales por delante, presididos por su venerable prelado y en compañía de un gentío inmenso, al que hoy se llama Campo de la Lealtad, donde habían sufrido martirio hasta 48 de nuestros compatriotas el 2 y 3 de Mayo de aquel año. Iban entonando el *Miserere* con gran unción y recogimiento; y, llegados al sitio de la hecatombe, rezaron un responso tan majestuoso y solemne como requerían lo triste del motivo y la profunda conmoción pintada en el rostro de los asistentes. Tan grato fué el efecto que produjo la fúnebre ceremonia del día 1.º, que hubo ésta de repetirse el 6, precedida de una vigilia y misa; honras que fueron acompañadas de lágrimas y de limosnas que todos se apresuraron á repartir entre los más desgraciados de entre los parientes de las víctimas. Ni escasearon tampoco las oraciones fúnebres, los panegíricos, odas y relatos de todo género que los sacerdotes, poetas é historiadores de la villa imperial se esmeraron en pronunciar y escribir para gloria y eterno recuerdo de la recién ejecutada hazaña de los madrileños y de los valientes oficiales de nuestro ejército, unidos en noble consorcio para la defensa del decoro nacional y de la independencia patria.

Hubo también quienes ofreciesen donativos para socorro de las pobres, viudas ó huérfanos de las víc-

timas; y el doctor Mayo, á quien se debe alguna publicación patriótica posterior, entregó al párroco de Santa Cruz dos mil reales que, por cierto, no debieron repartirse por haberse señalado para hacerlo el día 4 del siguiente mes, fecha de la nueva entrada de los franceses en Madrid.

La manifestación, sin embargo más expresiva de admiración y gratitud que Madrid ofreció á la memoria de los héroes del DOS DE MAYO, fué la del arco triunfal levantado junto á la casa de Ayuntamiento al presentarse en Agosto las tropas libertadoras de Valencia y Andalucía. En la fachada occidental se representaba á Madrid en una matrona atada á un árbol mirando á sus inocentes hijos sorprendidos y devorados por un águila, y á cuyos pies se había estampado una inscripción sumamente expresiva en honor de las víctimas, y muy elocuente respecto á Daoíz y Velarde como las más ilustres y caracterizadas de entre ellas.

Madrid capituló el 4 de Diciembre de 1808; y hasta el 12 de Agosto de 1812, en que la ocuparon los ejércitos aliados á las órdenes de Lord Wellington, después de su victoria de Los Arapiles, ninguna muestra pública pudo dar de gratitud ni de simpatía siquiera por los héroes del DOS DE MAYO. Algo debieron, con todo, enfriarse el entusiasmo y el legítimo orgullo de los madrileños por sus leales convecinos; porque «habiéndose determinado el Ayuntamiento, según consta en el diario del 1.º de Setiembre, celebrar una función cristiano-patriótica en memoria de las víctimas del 2 de Mayo,» hizo poner una arquita en cada parroquia donde el público depositara sus ofrendas para inver-

tir su importe en aquel grandioso objeto, y hasta el último de Octubre en que volvieron los franceses, poco ó nada produciría la cuestación cuando ni se celebraron las honras ni se volvió á tratar de éllas. Los tiempos eran oscuros y aun divisábase por el lado de Valencia la nube portadora de nuevas calamidades en aquella reunión de Fuente la Higuera, donde se habian reconcentrado los ejércitos de José, Soult y Suchet; el primero, temiendo se le cortara la comunicación con Francia por el Norte; el segundo, desde Cádiz, cuyo sitio se había visto en la precisión de levantar, y acudiendo Suchet á dar masa y fuerza, á servir de lazo á los dos para imponerse en aquella región y tener, de todos modos, segura su retirada por Valencia y Cataluña. La masa, con efecto, se había hecho tan grandiosa y compacta que era verdaderamente formidable; y por más que Madrid se entregara á las expansiones naturales de entusiasmo por su inesperada libertad del yugo extranjero, y hasta se entretuviera en proclamar solemnemente la Constitución, dar fiestas al generalísimo inglés y purificar ó impurificar á los que suponía, con razón ó sin ella afrancesados, no apartaba los ojos del litoral de Levante donde veía cernearse la amenazadora tormenta. Y estalló ésta como era de esperar; pues, acercándose los franceses en número incontrastable, rechazadas las tropas británicas en sus asaltos al castillo de Burgos, y temiendo, más que el ataque directo del enemigo desde Vitoria y Briviesca, el envolvente que ya veía iniciarse por Madrid y Guadarrama, volvió toda la región castellana á ser presa de sus tiránicos é implacables invasores de hacía cuatro años.

Aun así, hubo en Madrid una manifestación sumamente honrosa para sus habitantes. El día 20 de Octubre, se hizo público un acuerdo de las Córtes de Cádiz, que circularon, la Regencia del Reino, primero, y el jefe político de Madrid, después. Los secretarios de las Córtes decían así el 16 de Setiembre: «Las Córtes generales y extraordinarias han oído con particular satisfacción las nuevas pruebas con que el pueblo de Madrid, el primero que anunció y selló con su sangre el santo propósito de resistir á la dominación extranjera, ha acreditado su generosidad y patriotismo, así en las expresivas demostraciones de júbilo y fraternidad con las tropas nacionales y aliadas que entraron en aquella capital al mando del benemérito duque de Ciudad-Rodrigo, como en los nobles sentimientos que después de las penalidades sufridas en tan largo cautiverio, hacen brillar más y más la fidelidad heroica de todo el vecindario, su amor al orden, su odio al pérfido invasor y su adhesión al Gobierno; y queriendo S. M. dar al enunciado pueblo de Madrid este testimonio del aprecio nacional debido á su inalterable constancia, ha resuelto que se lo manifieste así la Regencia del reino por el medio más oportuno.»

La Regencia añadía que «habiendo dado un testimonio público de que la coronada villa, donde se hallaban depositadas las venerables cenizas de los primeros mártires que derramaron su sangre en obsequio de la justa causa que defendía la Nación, siendo la fundadora de la libertad española», mandaba se hiciese pública á los habitantes de Madrid la sublime consideración que la Nación y el Gobierno dispensaban

á sus esfuerzos con toda la pompa y ostentación posibles en la plaza de Palacio, junto al parque de Artillería, en la Puerta del Sol y el Prado, en la Plaza de la Constitución, por fin; imprimiéndose, además, el acta de tan memorable suceso.

La fiesta debió celebrarse el 14 de Octubre, cumpleaños de Fernando VII: pero se suspendió por el temporal de lluvias que reinaba en aquellos días; fijándose, después, para el 21, con nuevas instrucciones y la orden de que se colgaran las casas de la carrera con el esmero posible.

En las Córtes se había suscitado varias veces la cuestión de dar á Madrid una prueba de la admiración producida en todo España por el patriotismo de sus hijos, tan desgraciados como heróicos. Uno de ellos, D. Manuel González-Montaos, había presentado una exposición, que el Sr. Zorraquín apoyó el 26 de Febrero, pidiendo: primero, la declaración de que la conducta de Madrid había sido patriótica en grado eminente y heróico; segundo, que se inscribiese su nombre con letras de oro en una lápida que se colocaría en sitio que fuera del agrado de las Córtes, y tercero, que se erigiese en la Plaza Mayor un monumento para perpetuar la memoria de su primer alzamiento contra el tirano y la de su posterior conducta, con la cual merecía cada vez más de la Patria. Precedía á la instancia un largo preámbulo en que se ponían de relieve los servicios de Madrid comparándolos, hasta ventajosamente, con los de Zaragoza, Gerona y Ciudad-Rodrigo, sinó en cuanto á la resistencia militar por no haber tenido jefes como Palafox, Alvarez y Herrasti, sí en cuanto á haberla iniciado contra las huestes de Napoleón, hasta en-

tonces incontrastables. La Comisión de premios recordó, el 21 de Abril, la solicitud de González-Montaos y la proposición de Zorraquín; y, al apoyarlas, decía en uno de los rasgos más elocuentes de su dictamen: «En el DOS DE MAYO, Madrid levantó el grito de la libertad: resonó en toda la Península, el eco se trasmitió al resto de la familia que llena las Américas, y todos los españoles juraron en las aras ensangrentadas del Prado de Madrid no ser esclavos. El DOS DE MAYO es el primer día de nuestra independendia y de nuestras glorias: así lo entiende la Nación española, que reunida en Córtes santificó este día afortunado, decretando que en él perpétuamente se celebre con la mayor pompa y solemnidad un aniversario en todos los pueblos de la Monarquía por las víctimas sacrificadas en Madrid en el mismo, para eternizar su honrosa memoria y tan insigne acontecimiento.» Y después de recordar que las Córtes habían mandado que el Calendario hiciera expresa conmemoración de los difuntos primeros mártires de la libertad española, continuaba así: «Madrid es el punto adonde descendió primeramente la libertad que había faltado de entre nosotros, huyendo de la corte corrompida. Desde aquel pueblo dichoso recorrió toda la España: se aposentó en Zaragoza, en Gerona, en Astorga, en Ciudad-Rodrigo, y en tantos otros lugares que emulando las glorias de la Capital, la recibieron con entusiasmo y la defendieron con valor, habiéndose quedado con nosotros; pero de tal manera, que donde quiera que hay españoles, allí se puede decir que está de asiento.»

La Comisión de premios terminaba pidiendo á las Córtes «mandaran que, cuando las circunstancias lo

permitiesen, se levantase en la Plaza Mayor ó el Prado de Madrid un grandioso monumento que constantemente recordara hasta las últimas generaciones, que este pueblo es y ha sido heróico en grado eminente.»

Y las Córtes aprobaron aquel dictamen. Fundadísimo era á no dudarlo ni por un momento; porque, efectivamente, en 2 de Mayo de 1811, aquella misma Asamblea había decretado que en tal día de los años sucesivos celebraran honras por las víctimas de Madrid todos los pueblos de la Monarquía, con asistencia de las autoridades, formación de tropas, salvas y la mayor pompa posible, y que los nombres de Daoiz y Velarde fuesen inscritos con letras de oro en la sala de sesiones. Esto fué á petición del diputado Sr. Pérez de Castro; y, accediendo también á la del Sr. Capmani, se acordó añadir que el 2 de Mayo se señalase en el Calendario «como el de la Conmemoración de los difuntos y el primero de nuestra libertad.»

Ya se celebraban, y desde mucho antes, honras fúnebres por las víctimas del DOS DE MAYO en varios puntos de la Península; porque la Junta Central había expedido el 13 de Mayo de 1809 una Real orden disponiendo que «en todas las capitales y pueblos de España se pagase el tributo de dolor y reconocimiento que se debía á las ilustres víctimas del 2 de Mayo de 1808 en Madrid, como se haría en Sevilla el 16 de aquel mismo mes y año.»

Así es, que, el 20 de Junio se celebraba con gran suntuosidad y recogimiento la fiesta que á tan patriótico fin dedicaron la Junta de Mallorca, la santa Iglesia y el Ayuntamiento, las autoridades todas y perso-

nas más ilustres de la Isla. Un colosal túmulo se elevaba casi hasta las bóvedas de la catedral; y en sus cuatro caras se veían esculturas emblemáticas con inscripciones, además, alusivas, no sólo á la hazaña de los madrileños, sino á las defensas de Zaragoza y Valencia, y á la batalla de Bailén. En el segundo cuerpo de tan peregrina fábrica aparecía «la imperial villa y corte de Madrid representada por una Matrona lamentable, dice el folleto dedicado á describir aquella triste ceremonia, vestida á lo heróyco, apoyada en su respectivo escudo de armas, sobre un pedestal de mármol, y sentada sobre varios trofeos militares. Sobre su cabeza, añade, se veía una lápida de mármol negro con su inscripción latina en letras de oro, y á los lados de esta dos plañideras con velos sobre sus rostros sentadas en ademán melancólico.»

La inscripción decía:

MANTUÆ CARPENTANORUM INCOLÆ
 FIDELITATE ET AMORE FERDINANDI REGIS ACCENSI
 PERFIDI NAPOLEONIS MILITES TRUCIDANT.
 IV NONAS MAII MDCCCVIII.

Superaron á éstas en magnificencia las honras celebradas en los Carmelitas descalzos de Cádiz por la colonia madrileña, formada de los emigrados que más se habían distinguido contra la dominación francesa. Asistieron el 2 de Mayo de 1810 á élla el cardenal Borbón, que dijo la misa, el general Castaños, presidente ya de la Regencia, el Nuncio de S. S., los Ministros y el Cuerpo diplomático, grandes y militares de todas graduaciones, así españoles como ingleses,

de mar y tierra. Y, ¡nota curiosísima! el túmulo que se alzó en el centro de la iglesia era, aunque de madera y lienzo, el mismo proyecto de monumento que D. Angel Monasterio decía haber presentado al Municipio de Madrid en Setiembre de 1808. No era lo grandioso, correcto y elegante que el que hoy se vé en el campo de la Lealtad; pero ofrecía algunos puntos de semejanza, aun cuando carecía, además, de las estátuas que tanto embellecen al del Prado.

Contribuyó no poco al lucimiento de aquella solemnidad el espectáculo que ofrecía al concurso la entrada en bahía de los navíos *Algeciras* y *Asia*, que trajeron de Veracruz y la Habana más de siete millones de pesos fuertes y cuatro mil fusiles, donativo de nuestros hermanos de América.

En cuanto á la manifestación, á que antes nos referíamos, dirigida por las Córtes y la Regencia en Setiembre de 1812, fué provocada por el diputado señor García Herreros con la lectura de una *Gaceta de Madrid*, en que se ponían de relieve los arrebatos de júbilo y las demostraciones de gratitud con que fueron recibidas en esta villa las tropas españolas y aliadas, así como el entusiasmo con que se había jurado la Constitución. El célebre Calatrava, ensalzando con ese motivo la conducta de los madrileños, arrancó de las Córtes el acuerdo que en su lugar estampamos, tan explícito y honroso como habrán nuestros lectores observado.

Ya hemos dicho que lord Wellington y sus ingleses habían abandonado la región castellana, rechazados en Burgos y temiendo el movimiento envolvente con que los amenazaba el Intruso desde Madrid ya y

el Guadarrama. Por empeñado que estuviera Napoleón en su empresa contra Rusia, tan probable creía la victoria que, por fin, obtuvo en los remotos páramos de Borodino, y tan decisiva la ocupación de la antigua metrópoli del imperio moscovita, que aún había dejado en España fuerzas con que resistir la preponderancia que ya se manifestaba en la lucha por parte de nuestro pueblo y los ejércitos cuyo concurso se había éste sabido conquistar con su abnegación y pertinacia. Los franceses habían soltado su presa de Andalucía, la tierra que les era predilecta por su clima y feracidad; se encontraban privados de los recursos que pudieran proporcionarles Galicia y Asturias, hacía tiempo evacuadas, de los de Portugal, libre desde la retirada de Massena, y de Extremadura que no veían desde la pérdida de Badajoz; pero, sea por lo reducido que se hallaba el campo de sus operaciones, sea por la sabia concentración ejecutada en Fuente la Higuera, y aun contando, cabe decir, con solo un ejército, podían desafiar todavía á cuantos contra él se dirigiesen para hacerle abandonar la Península.

Se acercaba, sin embargo, su hora al imperio Napoleónico. El nuevo César imponía leyes desde el Kremlin como Alejandro y Gengis-Khan las habían dictado en Babilonia, Pekín y Samarcanda; pero las llamas que le rodeaban y las brumas de la nieve que ya encanecía el horizonte, parecían, eclipsando su estrella, anunciarle su próxima ruina.

Las operaciones militares, que recordamos no ha mucho, de su hermano José, coincidieron con el principio de la desastrosa retirada de Rusia, naturalmente

ignorada en España. Mas luego y cuando, invernando los ingleses en la frontera de Portugal, su refugio de siempre, se fueron sabiendo los reveses del *grande ejército* francés y los estragos que en él hacían el frío, el hambre y el fuego enemigo, se prepararon, lo mismo los insulares que los portugueses y nuestros compatriotas, á una campaña de primavera, para la de 1813, tan decisiva que produjese la completa liberación de la Península. Y Vitoria, Pamplona y San Sebastián, vieron sucesivamente alejarse para siempre á los franceses de la tierra española; haciéndoles evacuar la capital el solo arranque de las tropas aliadas para aquella marcha admirable entre laureles de gloria inmarcesibles.

III.

Madrid volvía, pues, á respirar en libertad el 27 de Mayo. Decía una letrilla de aquel tiempo:

«Venturoso día
El de la Ascension
Que Madrid ha logrado
Su restauracion.»

Parece que desde ese día habría de reanudarse la serie de gestiones practicadas en las épocas anteriores, aunque cortas, de liberación, para glorificar á los héroes del DOS DE MAYO. Y, sin embargo, pasó algún tiempo antes de emprender tarea tan reconocidamente merecida, á pesar de que los triunfos de Vitoria, Sorauren y San Marcial debían inspirar la seguridad



de que los franceses no volverían á pisar el centro de la Península. Un escritor, D. Emilio Tamarit, del cuerpo de cuenta y razón de Artillería, el único que sepamos se haya ocupado en investigar los procedimientos usados para ofrecer al pueblo de Madrid la apoteosis de sus héroes, cita, como el primero, unas exequias celebradas el 3 de Noviembre de 1813 en la parroquia de San Pedro el Real. No se anunciaron en el *Diario* ni en la *Gaceta* del tiempo; pero, de todos modos, se nos figura algo tardía la memoria y ni lo general, ni lo espléndida que ya parecían exigir lo grande del motivo y lo desahogado de las circunstancias.

Al cuerpo de Artillería, que había dado, el primero, su contingente á la hecatombe de Madrid y señalándose después en la guerra por su exaltación patriótica y los servicios, siempre eminentes, prestados en los campos de batalla y más aún en la defensa de nuestras plazas, tocaba principalmente honrar á sus mártires. Y, con efecto, sea por estos motivos, sea por espíritu, también laudable, de cuerpo, fué el que con más empeño tomó la meritoria misión de procurar á sus compañeros enterramiento digno y memoria gloriosa y perdurable.

Era Director y Coronel general del arma el mariscal de campo D. Martín García y Loygorri, que había desempeñado tan importante cargo interinamente desde Junio de 1880, y en propiedad desde Setiembre de 1812, como recompensa de los servicios que prestó mandando las tropas y línea de la Isla de León, sobre todo en las postrimerías de aquel célebre asedio. Era el general Loygorri artillero, también, de origen; como tal,